

LA ORBITA DE NUESTRA HISTORIA

Daniel Cosío Villegas

Juzgar de si nuestra historiografía se ha desenvuelto bien en los últimos años, y de si puede calificarse su condición actual de lisonjera, no es problema que deba ser considerado sin hacer algunas consideraciones previas que den a la apreciación final ese sentido relativo propio de toda medida.

La primera es la longitud temporal de nuestro pasado histórico. Argentina, por ejemplo, tiene una historia colonial limitada y tardía, y carece de una historia antigua propiamente. Nosotros la tenemos y, para nuestra insaciable vanidad, cada vez la alejan los arqueólogos; la conquista y el imperio colonial se hicieron temprano en nuestro suelo; representan, pues, una experiencia cotidiana de tres siglos. No sólo la longitud del pasado, sino su carácter, o, como suele decirse, la riqueza de él. Para volver al caso de Argentina, su siglo XIX es mucho más parejo que el nuestro, y lo es, sin duda, el XX, a pesar de la movida revolución peronista de los últimos años; por eso, puede decirse que ningún pueblo hispanoamericano ha pasado por nada semejante a la Revolución Mexicana. Nuestra historia antigua, sobre ser larga, es la historia de muchos pueblos, de condición, de aptitudes, distintas, y cuyo desenvolvimiento no era, ni con mucho, uniforme: al lado de civilizacio-

nes tan maduras como la maya, existía la otomí, bien primitiva. El virreinato de la Nueva España es más dilatado, no sólo que el del Río de la Plata, sino que el del Perú: el territorio donde se asienta es mayor y más variado, y los pobladores que lo sufren más heterogéneos. Aun hechos meramente casuales agrandan nuestra riqueza: Hernán Cortés fué el mayor conquistador que España tuvo en América; su genio militar y político es superior. Hay un tercer factor conocido, pero cuya significación no siempre se calibra bien. Por alguna razón cuyo nombre mismo es ya comprometido (se habla a veces de sensibilidad), México como que se adelanta a sucesos, problemas o etapas históricas en que los otros pueblos hispanoamericanos vienen a caer después; es natural, así, deducir que, por ser de vanguardia, la experiencia resulta más varia. En fin, otra consideración previa ha de hacerse también: entre todos los países hispánicos de este Continente, México es el tercero en territorio y el segundo en población; sus recursos físicos y humanos lo plantan, no a la cola ni en el medio, sino al frente.

Estas consideraciones previas conducen a dos conclusiones: por la longitud y la complejidad de su pasado histórico, y por su peculiar sensibilidad, México tiene una riqueza histórica nada común; por sus recursos físicos y humanos, México puede, debiera haberse distinguido en el relato, en la investigación, en la enseñanza de su historia nacional ¿Lo ha hecho? ¿Va, siquiera, en camino de hacerlo?

Ni el más pesimista ni el más severo juez podría dejar de fallar que México ha tenido en todo tiempo buenos, aun eminentes historiadores: desde los finísimos pintores de nuestros códices,

en 1952, año que no fué singularmente pródigo. Guardando las proporciones, ¿algo semejante ocurre, o ha ocurrido en México? No sólo las figuras, sino las épocas: la de Rosas ha sido estudiada en Argentina con una abundancia que no ha merecido nuestra Independencia, la Reforma o el Porfiriato. La razón de todo esto es obvia: el individuo puede aportar toda la calidad que se quiera, pero siempre aporta poca cantidad; para que ésta sea grande, se requiere el acarreo del grano de arena de todos, del grupo o colectividad. (Espero que a ninguno de mis 150,000 lectores se le ocurra decir que si México hace una historia de muy subidos quilates, debe uno despreocuparse de su cantidad, pues, por definición, lo bueno escasea; sería ignorar que la calidad supone la existencia previa de la cantidad; de lo contrario, como toda creación ex nile, la calidad resultaría un milagro).

La segunda demostración sería escudriñar, no la obra que hace tal o cual historiador, sino la condición que guardan las instituciones que trabajan, o que presumen de trabajar, en el campo de la historia. El único progreso institucional de los últimos cincuenta años, es el que representa la Escuela Nacional de Antropología, y, en general, el Instituto de Antropología e Historia. No que la creación de estas dos instituciones marque el principio de una nueva era --el antes y el después de Cristo--, y mucho menos que nada existiera antes; tampoco que su obra sea irreprochable, ni que haya la convicción plena de que con el tiempo y los recursos disponibles el logro real no sea inferior al humanamente posible. Pero el progreso ins-

titucional es evidente: la Escuela de Antropología es una organización técnica que ha preparado antropólogos y arqueólogos cuyo trabajo de campo y cuya obra académica pesan ya; y el Instituto ha mejorado, a no dudarlo, la vigilancia y la conservación de nuestra riqueza material histórica y ha hecho avances claros en la organización y el trabajo de algunos museos. Fijémonos, sin embargo, en tres cosas: toda esta obra, tan encomiable como es, toca a la historia mexicana de una manera tangencial o fronteriza; la Escuela Nacional de Antropología, que alguna vez añadió a su nombre, orgullosa, la expresión "e Historia", ha renunciado a la enseñanza de ella, y supongo que achicará su nombre, volviendo al primitivo; en fin, el trabajo de la investigación y del relato de antropólogos y arqueólogos, no ha dado todavía su último y máspreciado fruto, la obra de síntesis, cuya aparición aguarda el historiador y la nación toda para manifestar su entusiasta reconocimiento.

Al lado de esa Escuela y de ese Instituto, poco o nada existe: el experimento del Colegio de México de preparar investigadores conforme a esfuerzo y técnica rigurosos, ha quedado trunco, y de él sólo quedan las ayudas a la investigación individual; ningún progreso se ha logrado en materia de archivos y bibliotecas, excepto el trabajo inicial del Centro de Documentación del Museo de Historia; el Instituto de Historia de la Universidad es una vergüenza y un fraude: no hace obra alguna, pero se apresura a publicar bajo su nombre trabajos que no son del Instituto y ni siquiera de sus miembros nominales; las sociedades de historia existen solo en su papel timbrado, o llevan una vida mortecina; las publicaciones periód-

dicas son todavía pocas, aun cuando sí se mantienen con regularidad, dilatan y difunden el conocimiento histórico. Este panorama, que corresponde a la vida capitalina, se repite, agravado, en las provincias.

El milagro de toda la vida mexicana es que, a pesar de la falla y de la falta de las instituciones, el individuo trabaja, y cuando logra una obra buena, resulta dos veces meritoria, a causa, precisamente, de la penuria institucional; y a pesar de que, según se ha dicho, el acarreo individual es siempre pobre al lado del colectivo, hoy se conoce mucho mejor nuestra historia antigua y nuestra historia colonial que hace cincuenta años. En el caso de la primera, el avance se debe a la obra colectiva, institucional, de la Escuela de Antropología, o al trabajo de personas que, no habiéndose formado en ella, aplicaron su talento y su preparación cultural a ese trabajo. Los ejemplos que a todos se nos ocurrirían, son, el de Ignacio Bernal, hijo de una institución, y el de Alfonso Caso, hijo de sí mismo. Alfonso Caso, cuya formación filosófica le ha dado una amplitud de miras que no da, ni puede dar, la enseñanza, necesariamente especializada, de la arqueología; cuyo peculiar talento le ha creado una capacidad de razonamiento similar en más de un aspecto a una máquina trituradora; este hombre, que llega a la arqueología por hilo tenue de la novela policíaca (por fortuna, una afición precoz), no sólo ha hecho contribuciones personales a nuestra arqueología que se consideran magníficas (al grado de recordarse de memoria las fechas de ciertas de sus conferencias revolucionarias), sino que se ha dado

inst

el lujo de parir las dos instituciones en las cuales se forman ahora los arqueólogos y antropólogos de los países hispánicos de América.

En cambio, la mayor comprensión de la era virreinal se debe al esfuerzo personal, y si el progreso resulta perceptible, se debe tan sólo a la casualidad doble de un número relativamente crecido de investigadores y de haberse sucedido unos a otros sin mayor interrupción. Tan es casual el fenómeno, que no se ha repetido en la historia nacional de los siglos XIX y XX: aquí, el progreso, si lo hay, parece desalentadoramente pequeño. Por lo pronto, no existe liga o sucesión imaginable entre obras importantes como La constitución y la dictadura de Rabasa y El positivismo de Leopoldo Zea, lo cual demuestra que la aparición de un buen trabajo sigue librada al esfuerzo individual; pero, por sobre todas las cosas, no veo qué personaje, cuál época y cuántas fases de la historia moderna o de la contemporánea está hoy mejor tratada que antes. Valgámonos de dos ilustraciones: es indudable que con los avances de los últimos cincuenta años, ahora se podría trazar un cuadro más amplio y seguro de las civilizaciones antiguas y del virreinato que, respectivamente, los de Justo Sierra en su Evolución política y de Vicente Riva Palacio en México a través de los siglos; pero, ¿se han conseguido ventajas semejantes para sustituir la Reforma de José María Vigil? No quiere decir que deje de haber ramas enteras de la historia nacional que hoy crecen lozanamente: tal, por ejemplo, las del arte y las ideas; pero, de nuevo, ¿existe algo paralelo en la historia económica?

Un último punto conviene tratar, aun cuando sea a las volandas: ¿hay alguna mejoría en la manera de ver la historia nacional, en su filosofía, o, como a mí me gusta decir: en el modo de aproximarse a ella? Yo sé bien que amigos míos, a quienes estimo y respeto: Silvio Zavala, Arturo Arnaiz y Freg y Edmundo O'Gorman, mantienen que sí; para mi pena, vuelvo a la soledad. A Silvio Zavala le he oído decir (con esa sorprendente combinación suya: gran diafanidad mental y expresión entrecortada) que de la concepción porfiriana de un México europeo a la de un historiador, digamos, post-revolucionario, de un México indígena, hay progreso, como lo hay entre Alamán, con su eje español-criollo para explicar la Independencia y un intérprete de hoy, cuyo escenario se poblaría en seguida de indios y mestizos; he leído que Arnaiz, con una rotundez de lenguaje casi sangünea, califica de mejora el darnos cuenta hoy de ser hijos de español y de india, y de importarnos igual, como quien dice, Cortés y Cuauhtémoc; y he leído en O'Gorman su negro (y también regocijado) vaticinio de que nada quedará de los historiadores que no se afilien a quien sabe qué novísima filosofía.

A mí me parece, en primer lugar, que la concepción porfiriana de un México europeo, es, simplemente, una realidad histórica, y que así ha de verla el historiador de hoy; el de mañana, a su vez, verá como una realidad histórica la actual concepción indigenista, y si la quiere explicar, dirá que nada sorprendente tiene, pues de todas las sociedades de nuestro mundo contemporáneo es el rasgo de ir ampliando más y más su

base de sustentación: el proletariado, la industria en gran escala y la democracia popular (del pueblo y no solo para el pueblo), son fenómenos del siglo XIX, y México ha introducido (primero en su vida, después en su historia y al final en su concepción histórica) al indio, a lo que tiene de mayoritario o dominante. Luego, no conviene tomar a los historiadores muy al pié de la letra, pues vale tanto lo que dicen como lo que callan o quieren callar: a pesar de que, en efecto, para Alamán mucha de la Independencia es una lucha entre el español y el criollo, es muy fácil cerciorarse de que el horror de Alamán lo causa la entrada del indio en esa lucha, y su papel decisivo en ella: introduce el caos, es decir, es el elemento verdaderamente revolucionario, y, luego, el indio mantiene el rescoldo de la rebeldía aun en los negros momentos en que las tinieblas han descendido sobre los caudillos del movimiento. Si bien es cierto, como lo quiere Arnaiz, que el historiador de hoy acepta el enfoque de ser México un país mestizo, este hecho, y el de que, a pesar de él, México sea el único país de América donde su conquistador no tiene un monumento, ni su nombre bautiza plazas, calles y paseos públicos, son, antes que nada, realidades históricas y no filosofías de la historia. Podrá, pues, haber mudanza, pero no mejoría en el modo de acercarnos a nuestra historia.

Yo soy, pues, pesimista de nuestro progreso histórico institucional, y no soy, ni puedo ser, ni pesimista ni optimista del progreso historiográfico individual, porque la buena obra personal depende, no de una ley, sino del azar; pero, después

de todo, reconozco que si yo hubiera aceptado concurrir al Congreso Científico, no me habría salvado de aquella inmensa ola verde de optimismo, tan encrespada, tan impetuosa y tan bella como la de Cuyutlán.